

MICHELANGELO BOVERO: UN MAESTRO

José WOLDENBERG*

SUMARIO: I. *La kakistocracia*. II. *La política: conflicto y acuerdo*. III. *El pueblo*. IV. *Bibliografía*.

Apunto tres notas sobre temas que me ha sugerido la muy pedagógica y pertinente obra de Michelangelo Bovero. Tres apuntes que hoy parecen tener más centralidad que en el pasado inmediato, y que apenas disfrazan su intencionalidad política: I) la calidad y el comportamiento de gobernantes y legisladores; II) en escenarios con alta fragmentación política que hacen ineludible la confrontación, pero también la necesidad de forjar acuerdos, y III) la utilización excedida y excesiva del “pueblo” como recurso legitimador de cierto discurso y práctica de la política.

I. LA KAKISTOCRACIA

Hace veintidós años, Michelangelo Bovero publicó en la revista *Este País* un erudito, juguetón y provocador artículo al que tituló “Kakistocracia: la pésima república”.¹ Recordaba que Polibio (más o menos 150 años antes de Cristo) había postulado que las formas políticas se transformaban en su contrario, y que el ciclo parecía responder a una ley de hierro, inescapable. Escribía Bovero resumiendo a Polibio:

cuando la *monarquía* real, primera forma buena en la que ha evolucionado el originario poder natural del más fuerte, se corrompe y se transforma en *tiranía*, ésta es sustituida por la *aristocracia*, el gobierno de los mejores que liberaron la ciudad del tirano; a su vez corrompiéndose, la aristocracia cambia en *oligarquía*, el gobierno de pocos ricos, ávidos y acaparadores, contra lo cual

* Profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

¹ Bovero, Michelangelo, “Kakistocracia: la pésima república”, *Este País*, 1996.

el pueblo instituye la *democracia*, en su forma buena de gobierno de las leyes; pero ésta degenerando en la ilegalidad se transforma en *oclocracia*, el gobierno brutal de la plebe, de la muchedumbre, que al final “reencuentra un amo y un monarca”.

Tratando de diseñar un remedio a dicha espiral que a primera vista parecía insalvable, Polibio, apoyándose en Licurgo, buscó conjugar los valores —la cara virtuosa— de las tres formas simples de gobierno (monarquía, aristocracia y democracia) y dar paso a un régimen mixto que produjera paz, armonía, estabilidad.

Sin embargo, el ejercicio que hacía Bovero, preocupado por lo que veía en la Italia de Berlusconi, era el inverso. Pensar en que a lo mejor lo que se estaba viviendo era no la conjunción de las virtudes de las formas de gobierno, sino la mixtura de la cara degenerada de las mismas: tiranía, oligarquía y oclocracia.

Tomaba a un personaje de Aristófanes de la comedia *Los Caballeros* llamado Agorácrito, para ilustrar el rostro siniestro de la democracia, el componente *oclocrático*. Se trataba de “un encantador plebeyo” llamado a ser “el salvador de la ciudad y de todos nosotros”. Un hombre al que se le ha dicho que “para gobernar al pueblo no se requiere de alguien bien instruido, ni de buenas costumbres, ¡se requiere un ignorante, un desvergonzado!”. Cuando éste duda y se pregunta “¿Cómo pudiera yo ser capaz de gobernar a mi pueblo?”, su empleado le responde: “Es muy simple: lo que antes has hecho sigue haciéndolo. Alborota... revuelve todos los asuntos públicos. Cautiva siempre al pueblo: gánatelo con palabras bien cocinadas; tienes todo lo que se necesita para ser un demagogo: voz obscena, orígenes oscuros, vulgaridad. Posees lo que se pide para gobernar”.

“Respecto a la figura del oligarca —escribía Bovero—, segunda componente de nuestra *mixis* perversa”, rescataba el octavo libro de *La República* de Platón, en el cual aparece “el rico que en cuanto tal adquirió poder político”. “El argumento con el que se auto legitima el oligarca es muy simple: «los que poseen las riquezas son también estupendos para gobernar» (*Tucídides*)”. Y citando a Teofrasto (*Los Caracteres*) apuntaba: “el carácter oligárquico consiste en una avidez de dominio que se inclina siempre al poder y a la ganancia”. “En Platón es la decadencia de los principios de la virtud y del honor lo que abre las puertas al régimen oligárquico y fabrica hombres que “aspiran a las fortunas, ensalzan al rico, lo admiran y lo elevan a las magistraturas”. Y no es de extrañar que dado que los pobres y los ricos viven en el mismo lugar (juntos, pero no revueltos), “el pueblo se vuelve coautor de la oligarquía” (Isócrates).

El tercer elemento del retorcido coctel es el tirano. Y para ilustrarlo, Bovero acudió a la breve semblanza que Tácito efectúa de Elios Seiano en los *Anales*: “Soportaba las fatigas, era de ánimo audaz; hábil en esconder sus cosas, en cubrirse a sí mismo, en disimular; está presto para erigirse en acusador de los demás, conjuntaba la adulación (para con César) y la arrogancia... Dentro de sí mismo cobijaba un inmenso deseo de conquista”.

Si el intento de Polibio era el de conjuntar elementos de tres regímenes políticos distintos “para sustraer a la ciudad del destino natural de la degeneración y de la decadencia”, Bovero jugaba con la idea de que la figura del nuevo déspota se alimentaba de los “insumos” funestos de esas mismas formas de gobierno: “al mismo tiempo amo y señor, autoritario y carente de leyes y frenos” (tirano, oligarca y demagogo). Hoy, la presidencia de Donald Trump, cuya campaña empezó siendo o pareciendo un mal chiste, es algo más que un síntoma preocupante, es una realidad en marcha y con apoyo sustantivo.

II. LA POLÍTICA: CONFLICTO Y ACUERDO

Escribió Michelangelo Bovero:

Es un error reducir la política a una especie de guerra, o a una guerra ritualizada como el fútbol. Un error que muchos continúan cometiendo... con consecuencias a veces dramáticas... La política no es, como pretendía Foucault con la inversión de la fórmula de Clausewitz, la continuación de la guerra con otros medios; es, en cambio, un complicado “juego mixto”, como dirían los expertos en la teoría de juegos. La dimensión conflictiva es ineliminable ciertamente, porque está conectada con la lucha por la conquista del poder; pero esta misma dimensión conflictiva, a la que estamos habituados a llamar “lucha política”, pierde sentido si es absolutizada, si no es puesta en relación con la dimensión del ejercicio del poder político y con la función esencial de éste. El poder político tiene una razón de ser propiamente no conflictiva, más aún, anti conflictiva: impedir que los conflictos... entre los individuos y los grupos disgreguen la sociedad, laceren el tejido de la convivencia civil, de la que depende la existencia de cada uno. En otras palabras, ejercer el poder político, gobernar, significa resolver... los conflictos, regular la vida colectiva, disciplinar los comportamientos.²

El largo párrafo sirve para pensar en las dos caras de la democracia, que en nuestro caso vivimos de manera sucesiva. Luego de unas elecciones

² Salazar, Luis (coord.), *¿Democracia o posdemocracia?*, México, Fontamara, 2014.

federales (2012) beligerantes, los principales partidos pasaron a una fase de colaboración importante (el Pacto por México —diciembre de 2012, y cada quien puede poner la fecha de caducidad que guste—) y hoy estamos inmersos en otro periodo de agudo conflicto marcado por el calendario electoral. No se trata de establecer algo así como leyes duras del comportamiento político, pero todo parece indicar que las situaciones si no determinan, sí condicionan las conductas políticas.

Las elecciones significan competencia. Cada una de las opciones intenta atraer el mayor número de votantes para su causa. Y para ello despliega todas sus destrezas con dos finalidades entrelazadas: demeritar al adversario y aparecer como la encarnación de todas las virtudes cívicas y políticas. Lo anterior, que es una copla de Perogrullo, merece tomarse en cuenta, porque en el código genético de los procesos electorales se encuentra la necesidad de confrontación entre los contendientes. Pero se trata de un conflicto singular: regulado, donde todos los participantes son legítimos y ninguno —en teoría— aspira a la aniquilación de su contrario. Así, la pugna es inescapable, pero se aspira a mantener dicho conflicto en cauces institucionales, y a que la actuación de los candidatos y partidos no transgreda las reglas de la competencia. Pero es ilusorio creer que se puede exorcizar el enfrentamiento entre formaciones políticas que aspiran a los mismos cargos.

Como bien escribió Bovero, ésa es una cara de la política. La otra tiene que ver con la necesidad de trascender el conflicto y hacer gobernable la vida pública. Y eso bien que lo entendieron los partidos más implantados y el gobierno luego de las elecciones de 2012. Por necesidad —ninguno contaba con los asientos suficientes en el Congreso para hacer su sola voluntad— o por virtud han entendido que la aritmética democrática es contundente, decidieron colaborar y trazaron un horizonte ambicioso de reformas. El presidente construyó una base de apoyo para su proyecto, negociando e incorporando reivindicaciones y propuestas de sus adversarios, y éstos buscaron y lograron —en diverso grado— que varios temas de su agenda fueran sumados. En su momento nadie quiso quedar fuera, intentaron influir en el rumbo de las reformas, contribuir a generar la mayoría legislativa necesaria; en una palabra, explotaron la cara de la colaboración acicateados por una condición ineludible: en el Congreso se encontraba una pluralidad política equilibrada que demandaba acuerdos si deseaba ser productiva.

Con buena parte del cometido cumplido —y claro, con balances muy desiguales y hasta contradictorios— y ya envueltos en unas elecciones rípidas, polarizadas, tensas, estamos, sin duda, en el momento del conflicto agudo, de las descalificaciones mutuas, en la lucha por los cargos de gobier-

no y legislativos. ¿Serán los ciclos regulares de la democracia? Quizá. Pero lo que (me) llama la atención es que mientras entre nosotros la cara del conflicto la tenemos bien asimilada, la cara de la colaboración goza —en algunos círculos “ilustrados”— de muy mala fama. Seguimos evaluando a la colaboración como transa, al acuerdo como algo indigno.

III. EL PUEBLO

De un educador libro de Lorenzo Córdova, prologado por Bovero,³ aprendí algo que acabo de utilizar en un artículo reciente.⁴ Lo cito: “Si el pueblo fuera uno, monolítico, sin fisuras; si encarnara una sola voluntad, un mismo proyecto y hasta una única sensibilidad; entonces, toda la parafernalia democrática sobraría, estaría de más, sería un estorbo”.

Esa parafernalia incluye la necesidad de construir cauces para la expresión del pluralismo que palpita en “el pueblo”, dividir los poderes públicos para que una sola voluntad no se imponga, fijarles límites y responsabilidades a cada uno de ellos, ofrecer un marco de garantías a los individuos frente a los poderes constitucionales, establecer una serie de derechos universales, edificar vías jurisdiccionales para la resolución de conflictos, diques de protección de las minorías frente a la mayoría y la posibilidad de que las primeras se conviertan en la segunda, y síganle ustedes. Y, por supuesto, esa parafernalia, que semeja un laberinto o un juego de balanzas, resulta innecesaria, e incluso impertinente si creemos que esa constelación masiva, diferenciada y contradictoria que realmente es el pueblo, resulta, en nuestra concepción, una especie de escuadrón indiferenciado y único. Un bloque monocolor.

Porque si el pueblo fuera uno, sería mejor contar con una sola voz que lo expresara. Y esa voz, por supuesto, debería ser la de un líder que lo “represente”. Que los deseos y la voluntad de ese pueblo unido, fuente además de todas las virtudes, manantial inagotable de legitimidad, voz auténtica y por definición mayoritaria, encuentre quien lo exprese, y si es sin mediaciones, mejor.

No importa que todas las evidencias a la mano indiquen que el pueblo no es uno, y que en su seno palpiten intereses y aspiraciones diversos, y en

³ Córdova Vianello, Lorenzo, *Derecho y poder. Kelsen y Schmitt frente a frente*, México, Fondo de Cultura Económica-UNAM, 2009.

⁴ Woldenberg, José, “El pueblo”, *Reforma*, 26 de abril de 2018. Disponible en: <https://www.reforma.com/aplicacioneslibre/preacceso/articulo/default.aspx?id=133532&urlredirect=https://www.reforma.com/aplicaciones/editoriales/editorial.aspx?id=133532>.

ocasiones encontrados; quien habla a nombre del pueblo, con una mano en la cintura, podrá prescindir de esas pruebas. Lo sabemos: ponga cualquier tema a discusión en las redes, escuche los comentarios sobre algún problema público (y si quiere privado), haga una relación de los juicios sobre partidos, gobiernos, asociaciones civiles, medios de comunicación, universidades, empresas, marcas comerciales, equipos de fútbol, y lo que usted guste y mande, y constatará una diversidad de puntos de vista, no sólo múltiples, sino enfrentados. Eso es lo natural cuando contemplamos sociedades modernas o modernizadas —aunque sea de manera contrahecha—, y es muy difícil que el pueblo único y unificado aparezca.

En el mismo sentido, y como si hiciera falta ejemplificar, el pueblo vota de manera diferenciada y cambiante, y eso ha generado contrapesos en el entramado representativo, fenómenos de alternancia, congresos plurales; es decir, esa constelación compleja y abigarrada a la que por economía del lenguaje llamamos pueblo, se identifica con muy diversas propuestas y opciones. No sólo con una.

Es el a, b, c del ideario democrático. Reconocer que las sociedades son entidades en las que coexisten diversos intereses, ideologías, programas, iniciativas e incluso sensibilidades, y que en ellas radica la riqueza de la misma. Que intentar extirpar esa pluralidad, homogenizando lo que es disímil, no sólo suele acarrear tensiones sin fin, sino que priva a la propia sociedad de su vitalidad mayor. El ideal democrático busca construir los conductos para que la variedad de ofertas que cruzan a la sociedad puedan opinar, reproducirse, coexistir y rivalizar de manera institucional y pacífica. Se escribe fácil, pero es una estratégica construcción civilizatoria.

El peligro mayor es que alguien con poder realmente se crea el representante del pueblo y actúe en consecuencia. No de una parte, no de una fracción, no de una corriente o partido o coalición, sino de esa constelación inabarcable y compleja a la que llamamos pueblo. Porque de manera “natural” acaba por convencerse de que sus dichos y obras son no la expresión de sus convicciones e intereses, y si se quiere ideales, sino de los anhelos, expectativas y necesidades del “Pueblo”. De esa manera, suele invertirse el rol del mandante y el mandatario. El segundo suele independizarse del primero y habla en su nombre, porque en su imaginación uno y otro se han fundido de tal manera que no existe posibilidad de error. El otro riesgo es que parte del pueblo acabe convenciéndose de que ellos son “El Pueblo” y que quienes se le oponen no son más que el “antipueblo”.

IV. BIBLIOGRAFÍA

- BOVERO, Michelangelo, “Kakistocracia: la pésima república”, *Este País*, 1996.
- CÓRDOVA VIANELLO, Lorenzo, *Derecho y poder. Kelsen y Schmitt frente a frente*, México, Fondo de Cultura Económica-UNAM, 2009.
- SALAZAR, Luis (coord.), *¿Democracia o posdemocracia?*, México, Fontamara, 2014.
- WOLDENBERG, José, “El pueblo”, *Reforma*, 26 de abril de 2018. Disponible en: <https://www.reforma.com/aplicacioneslibre/preacceso/articulo/default.aspx?id=133532&urlredirect=https://www.reforma.com/aplicaciones/editoriales/editorial.aspx?id=133532>.